

EL SERVICIO EN LA ASAMBLEA NACIONAL

Por Diego Carvajal

(Comisión organizadora de la XXXI Asamblea Nacional)

Mi primera asamblea fue la del año 2000, el Año del Gran Jubileo. Tras una larga y maravillosa conversión el Señor me había llevado, en febrero de ese año, a la Renovación Carismática haciéndome sentir como “en casa”. Supe, desde que me senté en la silla de mi grupo Fuente Viva, en Madrid, que ése era mi sitio. Desde siempre se me había reservado un lugar allí para poder acercarme al Señor. Y vaya si me acercaba. Si el gusto por las cosas de Dios se pudiese medir en Kilómetros/hora se podría decir que yo iba a la velocidad de la luz.

Llegó el momento de la Asamblea Nacional. Les dije a mis servidores que yo quería servir en lo que fuese (pues habían pedido voluntarios para los diversos ministerios), pero ellos me dijeron que no podía ser. Al parecer, existía una “norma-no-escrita” que decía que a la primera asamblea nacional se debía ir “sólo” a recibir todo cuanto el Señor quisiera darnos, sin estorbos, ni distracciones. El servicio llegaría después.

Obedecí con sencillez, contento de que existiese esa “norma” para estar atento a lo que el Señor quería decirme. Pues bien, al llegar el final de la Asamblea no podía más de alegría, no podía estar más lleno del amor de Dios, más limpio de mí mismo y de mi pasado, no podía haber sido sanado de más cosas... saltaba de júbilo, como la hija de Sión (Zac 9, 9). Era tanto lo que había recibido que no podía contenerlo en el pecho, el Señor se me había mostrado ¡Vivo! y me había hablado al corazón, me había dicho que me amaba con locura y que no podía estar más tiempo sin mí...

Por eso no es de extrañar que, cuando al terminar la Eucaristía del Domingo se pidieron voluntarios para recoger las 6.000 sillas de madera de IFEMA, yo me quedara. No podía ser de otra manera. Tanto era lo que había recibido que no podía quedármelo para mí. Tenía que asistir a los que lo necesitaban y los primeros que encontré fueron mis hermanos, que requerían de mi ayuda para recoger el pabellón. Hice rápidamente un análisis de la situación y advertí que no desobedecía a mis servidores de Fuente Viva puesto que, “técnicamente”, la Asamblea había terminado. Así que, me remangué y me puse manos a la obra.

De los 5.500 asistentes a la Asamblea, quedamos unos veinte para recoger todo el recinto. Reconozco que, a las dos horas de recoger sillas, estaba exhausto y aún quedaban bastantes. Daba un poco de pena ver que

aquel espacio tan grande que había estado abarrotado de fuego del Espíritu durante un fin de semana entero, ahora estaba vacío y silencioso, salvo por los golpes de las maderas contra el suelo y los diez que quedamos recogiendo al cabo de esas dos horas.

De pronto, aparecieron dos señoras mayores. Debían tener unos 70 o 75 años. Caminaban alegres, a buen paso, cruzando todo el pabellón hasta llegar a nuestro lado y sin decir palabra, se pusieron a recoger sillas para acercárnoslas al camión. A mí me pareció una barbaridad que hicieran esto. Vale que no éramos muchos para terminar el trabajo pero no era lógico que, a su edad, se fatigaran tanto cargando con el peso de las sillas.

Ellas insistieron aduciendo que las llevaban de una en una y así no les costaba nada. Estuvieron unos diez o quince minutos ayudándonos y, al cabo de ese tiempo, durante el que no les quitaba ojo por temor a que tuviesen un accidente, se marcharon a descansar.

Por si no se encontraban bien, me llegué hasta ellas ofreciéndoles una botella de agua de las que nos habían llevado a los pocos voluntarios que quedábamos. Me las rechazaron cariñosamente porque decían que llevaba sus propias botellas y que las tomásemos nosotros que las necesitaríamos más que ellas. Al despedirme, pude ver su credencial. No vi sus nombres, sólo el grupo y la ciudad. Me quedé con la boca abierta. Las miré y no pude decir nada. Ponía: “Fuente Viva, Madrid”.

He de confesaros que no las había visto nunca y tampoco las vi después. No sé de dónde salieron pero si sé que me enseñaron una de las mayores lecciones de mi vida: servir en la medida de nuestras posibilidades es un don de Dios.

El servicio no puede venir de uno mismo. No es algo que venga del esfuerzo o del empeño personal. No es como ponerse a estudiar o a trabajar. No es como ir a la compra o echarse una siesta, es decir: ni es una obligación ni es algo mecánico.

El Servicio es un Don de Dios. Es él quien nos pone en el corazón el deseo de servir a los demás. Empieza siempre por Él, no por mí. Es Dios quien satisface tanto mis necesidades vitales, mis anhelos, mis ansias de eternidad que, como consecuencia, tengo que devolver algo de lo mucho que he recibido y como a Dios no podemos devolverle nada porque es Dios, nos

entregamos a sus hijos, sus imágenes amadas, dándoles lo que nos rebosa del corazón, de la mente... y de las manos.

La alegría de ser hijo amado de Dios, de descubrir que Jesús está Vivo, que es el Señor de mi vida, que no tengo que tener miedo al Mundo ni al pecado porque Él ha dado su vida por mí, hace que uno no quepa en sí de gozo. De manera espontánea, surge el testimonio. Dios es real, es tangible, actúa hoy en la vida de los que lo buscan... y de los que no lo buscan. Su amor es la mayor verdad que puede existir y es un amor concreto, personal e infinito llenando a un ser finito como yo. Y lo voceo a los cuatro vientos.

Entonces, es cuando, lleno del Espíritu, renovado como cristiano y como ser humano (ya nunca se separarán estos dos términos), comienzo a encontrar necesidades a mi alrededor. Quizá estas necesidades siempre estuvieron allí pero, hasta ahora, nunca las había visto. Y, sin quererlo, sin planificación, comienza el Servicio. Vemos a alguien doliente, y lo consolamos; vemos a alguien cansado, y lo descargamos; vemos a alguien carente de algo, y le damos hasta rebosar. Y todo, sin pensar, sin planificar, sin considerar desgaste, cansancio o molestias. Sin plantearnos que estaríamos más cómodos en casa o “siendo dueños” de nuestro tiempo. No, sencillamente, servimos... porque amamos.

Pero un día nos llega el tiempo de desierto. Aunque no sabemos cómo, el “amor primero” (Ap 2) que hacía arder nuestro corazón a tiempo completo ya no es casi más que una llamita que no sabemos cómo mantener encendida. Hemos olvidado que no fuimos nosotros los que hicimos nada entonces. Que nunca se trató de que fuésemos dignos de nada, que nunca fue mérito nuestro. Se nos olvida que todo fue a iniciativa de Suya y que nosotros sólo le pedíamos: “más, Señor, más de ti”. Y Él nos daba a manos llenas. Pero llegado este momento, hemos dejado de entregarnos a los demás. Nos hemos hecho “ricos” de experiencias, de sabiduría y de prodigios. Hemos dejado asombrarnos al estar delante del Dios y caemos en una rutina religiosa que no nos mueve por dentro más que a veces, cuando le dejo que me toque más adentro...

El Servicio es un don de Dios y todo don es gratuito. No se compra ni se merece. Él nos lo da porque nos ama, porque lo necesitamos, porque nos conviene. Si ahora tenemos tantos problemas para servir en la Asamblea Nacional o en nuestros grupos es simplemente, porque no rebotamos de gozo de Dios. No sentimos la alegría que nos hace salir de “nuestra” comodidad para ver las necesidades de lo demás. Por eso, el problema más grave no es que no tengamos hermanos que sirvan en orden, en guardería o en

secretaría. Lo más grave es que hemos dejado de sentir que nuestro corazón nos estalla de alegría porque Dios, el que hizo los Cielos y la Tierra, el que hizo a los animales y al hombre, me ama a mí con locura. Hemos olvidado lo esencial. Yo casi lo había olvidado.

Pero no es tarde. El santo no lo es porque no peque o no dude, lo es porque al pecar o al dudar es capaz de levantarse, pedir perdón por su caída y ponerse en camino sin mirar atrás. Y eso también es gracia de Dios. Si fue la fuerza del Espíritu la que nos liberó de nuestro antiguo yo; si fue la fuerza del Espíritu la que nos hizo proclamar, llenos de fuego, que Cristo nos había liberado, ya sabemos dónde está el secreto. Pidamos con fuerza al Señor que derrame su Espíritu sobre su pueblo, sobre cada uno de nosotros y que nos devuelva aquel amor primero que tantas delicias nos hizo. Esto es lo esencial. Esto es lo urgente y lo prioritario: “Buscad primero el reino de Dios y su justicia” y Dios nos dará los voluntarios para la Asamblea y cuanto necesitemos, “por añadidura” (Cf Mt 6, 33).

En esta Asamblea 2009, las necesidades de voluntarios son más acuciantes que nunca. No tenemos casi ninguno para los ministerios de guardería, orden y secretaría. Nosotros, desde la Comisión, estaremos sirviendo hasta donde podamos, como aquellas hermanas de mi grupo Fuente Viva. Hasta donde lleguemos. Pero sé que nunca será mérito nuestro. Todo lo hará el Señor. Será la fuerza de su Espíritu la que hará que nos movamos entre los hermanos y descubramos sus necesidades.

Nos pondremos en las manos de Dios y él enviará otras manos. El Señor tocará los corazones y no estaremos solos. Nunca hemos estado solos. Y, al final, un año más, podremos cantar llenos de gozo: “Esto es obra del Señor... hagamos fiesta y alegrémonos en él” (Sal 118, 23-24). Aleluya.

Questionario

1. ¿He experimentado ese amor primero? ¿En qué se manifestaba?
2. ¿He servido en algún ministerio durante las asambleas nacionales a las que he asistido?
3. ¿Conozco el trabajo que se desempeña en los distintos ministerios? ¿Tengo idea de lo que supone servir en una asamblea tan grande como es la Nacional?
4. ¿Estaría dispuesto a sacrificar parte de mi estancia en la Asamblea por servir a los demás?